

La mirada que las sociedades occidentales crearon sobre la ciencia, la tecnología y el desarrollo (sobre el conjunto de los fenómenos que implicaban o sobre algunas de sus estrategias) siempre se caracterizó por cierta ambigüedad. Ella permitió la convivencia de actitudes optimistas y críticas, la coexistencia de admiradores y detractores. Existieron quienes se vieron fascinados por las maravillas y los poderes que se creaban, y quienes temieron que la caja de Pandora ocultara en su interior algunos secretos malignos. O tal vez, sin llegar a ese extremo, que la vinculación entre la ciencia y los poderes sociales produjera algunos efectos indeseables. Haciéndose eco de esa tradición compleja y plural, este número de *REDES* contiene diversos trabajos que pueden interpretarse dentro de ese espacio heterogéneo.

Un texto emblemático del optimismo acerca del poder de la ciencia como fuerza productiva e instrumento para el logro de objetivos estratégicos es el famoso informe que Vannevar Bush dirigiera en 1945 -a su requerimiento- al entonces presidente de los Estados Unidos, Theodore Roosevelt. Las fronteras de la civilización pueden ser tanto territoriales como cognitivas. Sobre la base de esta analogía, el documento fue titulado *Science, the Endless Frontier* y representó una pieza central en el diseño de las políticas científicas nacionales a partir de la segunda posguerra. Constituido con muchos elementos provistos por el Imaginario norteamericano de la conquista del Oeste, el reporte expresa de un modo particularmente puro cierta concepción de la ciencia que, tal como lo señala Salomon, era concebida como una suerte de "cuerno de la abundancia" que superaba en maravillas a todos los relatos míticos. Y si bien el transcurso de los acontecimientos nos ha distanciado respecto de esa actitud tal vez ingenua, la importancia histórica del informe merece su traducción y publicación por primera vez en castellano. El texto está acompañado por los comentarios de destacados investigadores pertenecientes a diversos países.

Frente al optimismo cientificista del ya clásico *Report*, resulta interesante el contraste que presenta el artículo de Dimitriu, Rocha y Papalini. A partir de su estudio sobre los productores frutihortícolas del Alto Valle del Río Negro (Argentina) los autores señalan las fuertes limitaciones que poseen los intentos de las agencias de promoción para estimular las innovaciones y vincular la región con el mercado mundial. El estudio señala los complejos vínculos existentes entre economía, cultura y desarrollo, oponiéndose de tal modo a cierto sentido común que ha situado en el mercado y la innovación la panacea para todos los males.

También el trabajo de Erasmo Gómes sobre los polos tecnológicos pone en cuestión el optimismo con el cual se han desenvuelto hasta el momento algunos de los proyectos por vincular, a través de los llamados *Science Parks*, a las universidades y a las empresas en pos del desarrollo. Basado en una extensa revisión bibliográfica y el análisis de la experiencia brasileña en la materia, Gómes sugiere la necesidad de revisar de manera crítica y realista los resultados de estos emprendimientos dado que, a su juicio, los efectos que se persiguen a través de tales iniciativas políticas no encuentran un correlato en aquello que puede verdaderamente observarse.

Desde una perspectiva distinta puede atribuirse una cierta visión crítica al artículo con el que Hebe Vessuri se aproxima a la experiencia subjetiva del paleontólogo norteamericano George Simpson en sus viajes por América Latina. En particular, sus recorridos en los años veinte y treinta por la Patagonia y los Llanos venezolanos son analizados por Vessuri en función de enfatizar el "lado humano" de la actividad del investigador, descuidado muchas veces por el énfasis que se establece en su "actividad objetivadora". El trabajo puede interpretarse a partir del intento por recuperar, desde cierta tradición humanista, la centralidad del ser humano frente al universo de objetos y sistemas creados por él pero a los cuales termina muchas veces subordinado. El mismo sistema que, de manera tan decisiva, contribuiría a fortalecer pocos años después el informe de Bush junto con las políticas de estado que se derivaron parcialmente del mismo.

La experiencia de Simpson acerca del paisaje exuberante de Venezuela contrasta con la desolación que ve en el extremo sur de la Argentina. El trabajo de Podgomy sobre las visiones de la Patagonia como un santuario científico a finales del siglo XIX constituye, en este sentido, un complemento natural al trabajo de Vessuri. Su artículo pone de manifiesto la formación de cierto imaginario en torno a la Patagonia como un lugar desértico y fuera del tiempo donde, por ello mis-

mo, tal vez podían encontrarse aún vivas especies prehistóricas o aun quiméricas como el *neomylodon*. Esta concepción fue adecuada para la instrumentalización de la ciencia como acompañante natural de los ejércitos en el avance irrefrenable de la civilización sobre los territorios indígenas. Y es sin dudas este mismo imaginario el que Simpson reencontraría varias décadas más tarde.

Finalmente, en la sección de Opiniones y Comentarios, Pablo Kreimer realiza un análisis sobre los motivos que pueden explicar, tal vez, la postergada traducción al castellano del clásico libro de David Bloor *Ciencia e imaginario social*. Concebido como un texto crítico y polémico, constituyó un punto de referencia fundamental para el llamado Programa Fuerte en Sociología de la Ciencia. Se trata del mismo programa de investigación que, junto con otros procesos convergentes, sentó las bases para dar fin a cierta concepción ahistórica y descontextualizada de la ciencia y la tecnología. La misma que se encuentra, como se comprenderá, en el núcleo del informe de Vannevar Bush, *Science, the Endless Frontier*.

*Los Editores*